

A

ABABOL

Es una palabra muy conocida en la parte oriental de España y desconocida en el resto, donde sólo suena por los crucigramas. Dice la Real Academia que viene del árabe hispano *ḥappapáwr[a]*, y éste del latín *papāver*, con influencia del árabe *ḥabb*, ‘semillas’, y que tiene dos significados: el primero, «Persona distraída, simple, abobada» en Aragón y en Navarra, y el segundo, «amapola» en Albacete, Aragón, Murcia y Navarra. Así que es una palabra latina pasada por el árabe, hermana de *amapola*, que tiene su mismo origen, y con la que se reparte la geografía peninsular: *ababol* y *babaol* ocupan tierras orientales y *amapola*, el resto.

Cuando los hablantes que usan *ababol* se refieren a una persona que está en la higuera, que es un poco tonta, corta de entendederas o algo simple, si ésta lo es en grado sumo, *ababol* puede aparecer adjetivado, y entonces dicen de ella que es un «ababol florido» o «un ababol de seco».

En Aragón y en las tierras valencianas y castellanomanchegas de repoblación aragonesa, *ababoles* la palabra habitual para nombrar la planta que nace entre el trigo, por eso allí *amapola* suena cursi y un poco pretenciosa. En Albacete se dice: «¡Mira qué bonito el campo de ababoles!» y «Eres más del campo que los ababoles». Como sentido derivado, se suele usar en Murcia la comparación con el *ababol*, de modo que, para decir de alguien que se ha puesto rojo, se ha ruborizado, se dice que «se ha puesto como un ababol» o que «está como un ababol». Conocen bien

ababol los compradores del diario *La Verdad* de Murcia, porque se llama así, con esta palabra de la tierra, el suplemento cultural de los sábados.

Como ocurre un poco en todas partes, los niños juegan a adivinar si, al abrirlos, los capullos de *ababol* saldrán rojos (=niños) o rosas (=niñas). Entre sus utilidades conocidas, parece que en la huerta murciana a los bebés muy llorones les daban para dormir una infusión de ababoles; en la sierra de Alcaraz, donde llaman *babaoles* a las plantas que dan amapolas, cuentan que, antes de que echen flor, se cogen en verde, se ponen en agua y se cortan en trozos para alimentar a los perdigones —los pollos de perdiz—, que al crecer servirán como reclamos para cazar.

En cuanto a su vitalidad, parece que últimamente la palabra decae un poco. En Ágreda (Soria), que tiene localismos más bien aragoneses, la palabra sigue estando viva, aunque ya sólo para los que pasan de los cuarenta. Los maestros de la zona cuentan que a los niños les hace gracia, porque ya no están acostumbrados a oírla. La generación de los treintaitantos conoce la palabra y su significado, pero ya no la usa como sus padres. En realidad, aunque ahora se use menos, *ababol* no está moribunda en La Rioja, Navarra, Soria, Aragón, Valencia, Murcia, ni en las tierras orientales de Castilla-La Mancha, pero hay otras zonas donde nunca se ha conocido.

ACERICO

Es un diminutivo de *hazero*, que viene de *fazero*, ‘almohada’, del latín vulgar **faciarius* y éste, del latín *facies*, ‘cara’, sin duda porque es la cara la que se apoya en la almohada. La Academia da como primer sentido el de «Almohada pequeña que se pone sobre las otras grandes de la cama para mayor comodidad» y, como segundo, el de «Almohadilla que sirve para clavar en ella alfileres o agujas». Éste es el orden desde 1726, cuando aparece la palabra en el *Diccionario de Autoridades*, el primer diccionario de la Real Academia (llamado así porque las palabras, además de su definición, incluyen ejemplos de alguna autoridad de nuestra lengua),

definida así: «Almohada pequeña que se pone sobre las de la cama, para tener más alta la cabeza. / Se llama también una almohadica mui pequeña con una borlita ò puntada en medio, que passa de una parte à otra en la cual clavan las mugeres los alfileres para que no se les pierdan». Una vez más vemos que los académicos eran más estilosos siglos atrás, porque frente a estas definiciones las de ahora resultan escuetísimas. Está claro que la segunda acepción, la relacionada con el mundo de la costura, deriva semánticamente de la primera, pero también parece claro que hoy no se guarda recuerdo de la primera, a pesar de que el diccionario de la Real Academia Española (DRAE) la conserve —¿por tradición?— y en primer lugar. En el propio banco de datos académico, el corpus histórico sólo documenta dos casos de *acerico* como almohada pequeña en dos inventarios, uno de 1582 y otro de 1615. Todos los demás, antiguos y modernos, corresponden a la segunda acepción.

El hecho de que el *acerico* de las modistas y los *satres* sea en origen una miniatura del otro se refleja en el sufijo diminutivo *-ico*, lexicalizado aquí, pero muy general en otras épocas y hoy regional, y en el sufijo *-illo* con el que también se puede encontrar, como *acerillo*.

Muchos testimonios defienden que *acerico* no es, ni por asomo, una palabra moribunda, y se pueden subagrupar. En primer lugar, estarían los de quienes hablan de su infancia, de sus madres y abuelas, y de que fueron ellas quienes les transmitieron *acerico* con recuerdos infantiles de tardes de costura y radio, acompañados de palabras como *dedal*, *canesú*, *pespunte*, *manga ranglan*, *hilván*... Son las madres, en general, las que todavía usan *acerico*, porque son ellas las que aún cosen en vez de llevar la ropa a arreglar fuera de casa, y, por otra parte, cada vez hay más personas aficionadas a hacer bolillos que necesitan un *acerico* donde pinchar los muchos alfileres que usan.

La comparación con el *acerico* da para muchas frases hechas: por ejemplo, la de decirle a un chico con muchos *piercings* que «parece un *acerico*»; también recuerda, por ejemplo, a la abuela que, cuando había que ir al practicante, decía: «¡Te van a poner el culo como un *acerico*!». El mismo Antonio Gala, en su obra de

teatro ¿*Por qué corres, Ulises?*, estrenada en 1975, hace decir a Ulises: «Él no se conformaba con beberse la vida a pequeños sorbos. Su alma no era la de un oficinista. El tiempo que corría se le clavaba como en un acerico».

En el segundo grupo están quienes han tenido relación profesional con la palabra, por dedicarse a la costura, o sus conocidos, unos cuantos hijos de modistas y de sastres. Alguno recuerda al calamitoso sastre con un acerico en el antebrazo izquierdo que tenía su negocio en el 13 de la rue del Percebe, aquel memorable edificio dibujado por el gran Ibáñez. Hay quien llama *alfiletero* o *almohadilla* a nuestro *acerico*. Muchas personas —la gran mayoría, mujeres— siguen usando el acerico, lo conocen por ese nombre y se refieren a acericos con el nombre bordado o en forma de co-razón.

Finalmente, está el grupo de los que jugaban al juego del boni con los alfileres y el acerico; por ejemplo, la periodista Nieves Concostrina, que cuenta:

Yo no uso la palabra *acerico* desde, más o menos, el Cretácico Superior, cuando los niños jugábamos en la calle. El juego consistía en hacer un montoncito de tierra donde se enterraban los bonis de todas las niñas que jugaran. Los bonis eran alfileres con cabezas redondas de colores. Sobre el montón de tierra se dejaba caer una piedra y, si con el golpe se desenterraba un boni de la jugadora contraria, te quedabas con él y lo pinchabas en el acerico.

La conclusión es fácil: *acerico* es palabra bien viva y no corre peligro en su segunda acepción académica; la primera no está moribunda, está muerta.

ACETRE

Es una de esas palabras españolas que vienen del latín a través del árabe. Nombra al recipiente que se emplea para esparcir el agua bendita con un hisopo y, en teoría, también al caldero con el que se saca agua del pozo. El DRAE dice de ella: «(Del ár. hisp. *assátl*,

este del ár. clás. *saṭl*, y este del lat. *siṭtla*). 1. m. Caldero pequeño con que se saca agua de las tinajas o pozos. 2. m. Caldero pequeño en que se lleva el agua bendita para las aspersiones litúrgicas». Para quien no esté muy puesto en cultura religiosa, el hisopo es ese instrumento con el que se esparce el agua bendita, esa especie de palo de metal con aspecto de micrófono que llevan los sacerdotes en ocasiones especiales —procesiones, entierros—, cuando bendicen con él a los fieles.

Acetre ya está en el *Diccionario de Autoridades* desde 1726 como:

1. *Acetre*. El caldero o vaso pequeño de plata u otro metal que contiene el agua bendita y en el que se pone el aspersorio o hyssopo, para rociar con ella al pueblo, y hacer otras aspersiones de que usa la Iglesia católica.
2. *Acetre* se llama vulgarmente el monacillo que lleva el acetre o caldero con el agua bendita en las procesiones solemnes.
3. *Acetre* se llama en el reino de Granada y en otras partes la calderilla o caldero pequeño con que se saca agua de las tinajas o pozos, que ordinariamente es de cobre.

El banco de datos de la Academia sólo tiene registrados tres usos literarios contemporáneos, frente a los veinticinco del corpus histórico, lo cual da una idea de la escasa vitalidad de la palabra. El primero corresponde a la novela de Jesús Torbado *El peregrino*, publicada en 1993: «Iban todos rodeando la indecisa tapia de barro, que el obispo rociaba de cuando en cuando con un hisopo mojado en un acetre de oro. Un monje revestido lo ponía a su alcance antes de cada aspersión». Y las otras dos referencias pertenecen a la novela de Eduardo Mendoza *La ciudad de los prodigios*, de 1986, donde el autor se ve obligado a explicar lo que significa *acetre* la primera vez que emplea la palabra: «Pegado al faldón del ordinario un diácono llevaba el acetre, esto es, un caldero de plata labrada lleno de agua bendita. El obispo llevaba en la mano izquierda el báculo pastoral y con la derecha agitaba el hisopo que sumergía de vez en cuando en el acetre».

Además, en el banco de datos de la agencia EFE, llamado Efedata, que es donde están todas las noticias difundidas por EFE desde el año 1988, en esos miles y miles de noticias sólo hay quin-

ce documentos con la palabra *acetre*, y la mayoría se refiere a un grupo de música tradicional extremeña que se llama así: el grupo Acetre, de Badajoz. Otra de las citas en una noticia de EFE se encuentra en un texto sobre el protocolo que se habría de seguir tras la muerte del papa Juan Pablo II. La noticia es del 2 de abril de 2005 y dice en uno de sus párrafos:

Todos los presentes se arrodillan y comienzan los primeros responsables. Después, por orden jerárquico se acercan al cadáver, y besan la mano del difunto Pontífice. Inmediatamente comienza el turno de vela por parte de los canónigos penitenciarios. Se encienden cuatro cirios a los pies de la cama y se coloca un acetre con agua bendita y el hisopo con agua bendita junto al lecho mortuario para los responsables de los prelados visitantes.

En Almansa (Albacete) las personas mayores recuerdan a sus abuelas «con esa especie de cazo de rabo largo que se utilizaba para sacar el agua de la tinaja para beber», aunque hay quien lo llamaba *setra*, en vez de *acetre*. Esta forma no figura en el diccionario de la Real Academia, ni tampoco en el *Diccionario del español actual*, dirigido por Manuel Seco, pero eso no impide que la palabra tuviera un uso local o incluso regional. En Aragón se conoce la palabra de oírla, en Panticosa y Cerler (Huesca), a los curas. También han oído la palabra *acetre* en Paredes de Nava (Palencia), pero sólo en contadas ocasiones, en un entierro, una procesión, en el Corpus, el día de la patrona del pueblo o en alguna celebración muy especial, cuando el sacerdote moja el hisopo en el acetre con agua bendita y bendice a los feligreses, les da una *hisopa*, o rociada de agua.

Fuera de estos casos, centrados en la liturgia, sólo los sevillanos conocen la palabra *acetre*, sin saber qué significa, y la conocen porque en el centro de Sevilla hay una calle Acetres con varias tiendas de antigüedades que se adornan el día del Corpus Christi para participar en el tradicional concurso de altares. También es conocida porque el poeta Luis Cernuda nació el 21 de septiembre de 1902 en esa calle, en el número 6 concretamente.

Conclusión: la palabra *acetre* se ha ido quedando medio fósil en un ámbito muy reducido, el que corresponde al agua bendita, porque su empleo como equivalente de ‘caldero’ parece finiquitado. Y los que la conocen nos hablan de recuerdos, lo que siempre da una pista de la mala salud de una palabra, así que, en definitiva, le vemos mala cara. Ojalá la hayamos revitalizado un poco.

ACHICORIA

Viene de *chicoria*, su otro nombre mucho menos usado, de modo que la Academia lo remite a *achicoria*, planta «de la familia de las Compuestas, de hojas recortadas, ásperas y comestibles, así crudas como cocidas. La infusión de la amarga o silvestre se usa como remedio tónico aperitivo». Y también de la bebida «que se hace por la infusión de la raíz tostada de esta planta y se utiliza como sucedáneo del café». El origen de *achicoria*, como el de tantas otras plantas, es el latín *cichorĭum*, que viene del griego *κικχόρεια*. En principio se diría *la chicoria*, pero la analogía con tantas palabras que empiezan por *a-* habrá sido la responsable de que los hablantes creyesen que había que separar *la achicoria*.

Actualmente la palabra *achicoria*, o *chicoria*, está presente en la vida de muchos españoles, mientras que, para otros, sólo es un recuerdo de la infancia, de tiempos peores como los de la posguerra, cuando no había café, porque hubo una época en la que en este país el café era un lujo y la achicoria se utilizaba como sustituto o como aditivo, mezclada con malta o con café para gastar menos y conseguir color. Y se podía comprar en tostaderos donde también se vendía, con la misma finalidad, cebada tostada, en muchos sitios *cebá tostá*. Nos contaron de un cartel de esa época que anunciaba en una caseta de la Feria de Sevilla:

ACHICORIA	10 céntimos
CAFÉ	20 céntimos
CAFÉ-CAFÉ	30 céntimos
CAFÉ POR LA GLORIA DE MI MARE	50 céntimos

Eran días de radio y achicoria. Las abuelas y las madres contaban que el café con achicoria era más sano, aunque entonces era simplemente una excusa. Se hervía el agua y se echaba poco a poco en un colador donde se había puesto la mezcla o la achicoria. Era una manga de tela blanca, que iba tomando el color del café desleído.

En aquellos años, la marca de achicoria La Faraona se anunciaba por la radio con este estribillo:

*Compren achicoria La Faraona,
verá qué gusto, qué gusto da.
Da un gusto tan rico
que no hace falta
comprar moca de calidad.*

Y, como entonces casi todos los anuncios se cantaban, en la radio también se oía: «Es la mejor, achicoria La Noria», una famosa achicoria que venía en paquetes de color rojo oscuro. Tanta achicoria se usó que hay quien llama por norma *achicoria* al café, aunque ya nunca le ponga achicoria. Parece que un uso femenino derivado consistía en pasarse por las piernas un algodón mojado en una infusión de achicoria para darles color al principio del verano, como si fuera un autobronceador de la época.

Curiosamente los sustitutivos de antaño en algunos casos han acabado por ser bienes de lujo, como la achicoria, que hoy resulta tres veces más cara que el café, o la sacarina, que sustituía al azúcar, imposible de conseguir entonces. La achicoria se consume disuelta en agua o en leche y forma parte de muchas listas de la compra de quienes pueden permitirse comprar café, pero no quieren o no deben tomarlo. Se vende en unos sobrecitos cuyo diseño parece de época. Algunos han descubierto que esta achicoria soluble no sube la tensión, sabe bien y es fácil de encontrar en los supermercados, incluso aromatizada con miel, sin hablar de la mezcla café-achicoria, que también se comercializa. Como es agradable de tomar, para muchos ha sustituido al café descafeinado, aunque sigan diciendo que van a preparar un «café con leche»..., que está hecho con achicoria. Casi toda la que se

produce en España procede de la zona de Cuéllar (Segovia) y de la de Íscar (Valladolid) —por eso hay una marca que se llama La Iscariense—, porque, al parecer, las tierras de pinares son muy aptas para su cultivo. En Cuéllar hay un restaurante que ofrece en su carta ¡helado de achicoria!

En conclusión, *achicoria* es una palabra que podría estar mayor, porque formó parte de la vida cotidiana de todo el mundo y, por un cambio en los hábitos de consumo, dejó de hacerlo, pero ahora aparece revitalizada, aunque ya no sea tan habitual como en otros tiempos. Se trata de recuperarla.

ADÁN

Siempre resulta familiar, porque todos la identificamos —en las culturas musulmana, judía y cristiana— con el primer hombre. Eva es nombre frecuente para mujer, aunque en nuestro entorno Adán no lo es tanto, quizá en la cultura anglosajona sí... Pero aquí no se trata de la palabra *adán* como nombre propio, sino del nombre que califica, según la Real Academia, al hombre «desaliñado, sucio o haraposo» o al hombre «apático y descuidado».

Hay una anécdota estupenda sobre Adán y Eva. Un adolescente andaba en amores con una chica de Burgos que se llamaba Eva. Un día que había tenido en casa un descuido de los suyos, su padre le dijo enfadado: «¡Adán, que eres un adán!». En aquel momento sonó el teléfono al otro lado de la casa. Lo cogió su hermana, que estaba ajena a la conversación con su padre, y le gritó: «¡Te llama Eva!». Al oírlo, su padre se echó a reír y se acabó la bronca.

Es gracioso que *adán* se haya especializado en el sentido de ‘hombre desastrado’, que es precisamente como lo definía María Moliner: «Se aplica a un hombre descuidado o desastrado en su arreglo personal». Este uso de *adán* no parece muy antiguo. Se incluye en el DRAE a finales del siglo XIX, concretamente en 1884, y entonces se definía, bastante mejor que ahora, como «Hombre dejado, desaliñado, sucio ó haraposo» y, en vez de etimología, entre paréntesis llevaba esta explicación: «Por alusión a la desnudez del primer hombre». Hay quien piensa que *ir hecho*

un adán en buena ley debería significar ‘ir desnudo’ o, como mucho, vestido con una sucinta hoja de parra, que es como aparece Adán en el arte y en las ilustraciones de las enciclopedias infantiles o en los catecismos, pero no.

En realidad, *adán* parece una palabra femenina para referirse a los hombres desastrados —en León se puede oír: «¡Qué adanón vienes!»—; las mujeres, por su tipo de educación, no solían serlo. *Adán* suelen usarla las mujeres cuando intentan que los hombres se arreglen o cuando los regañan por no hacerlo. En el monólogo femenino de *Cinco horas con Mario*, escribe Miguel Delibes: «Claro que dirás tú que a ti la ropa qué, que ésa es otra, que nunca te dio por ahí, que me has hecho pasar unos apuros que ni te imaginas, hijo, siempre hecho un adán, que yo no sé qué arte te das que a los dos días de estrenar un traje ya está para la basura, que ni sé cómo me enamoré de ti, francamente, [...]». Carmen Martín Gaité cuenta en su libro *Usos amorosos de la postguerra española*: «A las niñas se las reñía incalculablemente más que a sus hermanos si no dejaban su ropa bien doblada o tenían el cuarto revuelto. Y eran cosas —según se apostillaba siempre— que se les decían por su bien, para que el día de mañana supieran mandar en su propio territorio, no presentar al marido hecho un adán, retenerlo, y sobre todo transmitir a sus hijos la antorcha del orden». En ese sentido, los hombres suelen recordar *adán* de las regañinas de sus madres, cuando volvían a casa perdidos de barro después de jugar y se quejan de que nunca se dijera a una niña: «¡Vienes hecha una *eva*!», pero reconocen que las niñas de su época siempre fueron más limpias y comedidas que ellos. Y, en general, siguen siéndolo: una mujer cuenta que su marido tiene un galán de noche —esa especie de percha con patas para dejar preparada la ropa para el día siguiente— y, como no es muy ordenado y deja la ropa encima de cualquier manera, en vez de *galán de noche* lo suele llamar *adán de noche*.

Pero también había y hay chicas algo desastradas. Sus madres no las llamaban *adanas*, ni *evas*, pero sí las regañaban con el dicho «Adán murió por vosotras y vosotras vais a morir por adán», que solía decirse en masculino a los hijos, en esa versión o en esta otra: «Adán murió por Eva, y tú vas a morir por adán». Al oír la palabra, muchos recuerdan a sus abuelas, sus madres o sus muje-

res que los llamaban o los han llamado alguna vez *adán*, y confiesan que también ellos usan la palabra.

En cuanto a su distribución geográfica, encontramos la palabra en casi todas partes... Sólo faltaría en el norte peninsular, en Andalucía y en Canarias, de modo que, aunque a algunas personas les recuerde la niñez, la palabra *adán* parece que resiste la amenaza.

AEROPLANO

Suena anticuado, desde luego, porque normalmente se usan *avión*, *reactor*, *aeronave*... Un aeroplano sería un avión de los antiguos, de los pioneros de la aviación, pero eso no es así según el diccionario, aunque se puede entender de ese modo si examinamos la historia del vocablo. La palabra entra en el diccionario académico en 1914 como «Vehículo compuesto de uno o más planos ligeramente inclinados respecto de su trayectoria y que, impulsado por un motor, se eleva y mueve en el aire, siendo más pesado que éste». Teniendo en cuenta que el primer vuelo de un aeroplano se produce en 1903, la Academia tardó poco tiempo en nombrar el nuevo fenómeno de la técnica. Y ese mismo año entra también *aeródromo*, con esta definición: «Sitio destinado para la salida y llegada de los aeroplanos en sus excursiones».

La definición se complicó en la edición académica de 1925, con esta minuciosa descripción:

Vehículo aéreo más pesado que el aire. Se compone de una armadura fusiforme, dentro de la cual van de ordinario los tripulantes y la carga, y a la cual se adaptan: una o varias hélices propulsoras y el motor o motores que lo ponen en movimiento; unos planos rígidos, llamados alas, inclinados de manera que la resistencia del aire durante la marcha sustente el aparato; un timón vertical, para guiarlo, y unas ruedas que le sirven de apoyo mientras anda por el suelo al emprender el vuelo o al posarse.

Una definición prolíja, pero necesaria en unos tiempos sin televisión en que la mayoría de los hablantes nunca había visto un

aeroplano. En las ediciones sucesivas, la definición se fue acortando, y en 1956 desaparece la entrada *aeroplano* y se traslada definitivamente a la de *avión*. Este término había ganado ya la batalla, probablemente porque se consideró que designaba unos aparatos más modernos.

Actualmente en la entrada *aeroplano* el DRAE se limita a remitir a la de *avión*, y allí define: «Aeronave más pesada que el aire, provista de alas, cuya sustentación y avance son consecuencia de la acción de uno o varios motores». Pero lo cierto es que *avión* como aparato que vuela no entró en el diccionario hasta 1927, unos veinte años después de que volaran con éxito los primeros pájaros de hierro, y más que una definición se da una equivalencia, puesto que al principio la palabra *avión* con ese sentido remitía entonces a la voz *aeroplano*. Es decir, primero entró *aeroplano* en el diccionario y más tarde se aceptó oficialmente el sinónimo *avión*, las dos palabras de origen francés.

Hay un ave que se llama *avión* y que aparece en nuestro diccionario desde 1726 nada menos como «una especie de vencejo, pero menor», con alas grandes, pies chicos y vuelo desigual. Pero los filólogos consideran que este *avión* no procede de *ave* sino de *gavión*, que perdió la *g*- inicial.

El ejemplo más antiguo que figura en el banco de datos de la Real Academia data de 1910, y está tomado del diario *Universal*. Decía así la noticia: «Un incendio. Londres 26.- Un incendio destruyó esta mañana un cobertizo, situado á la orilla del mar, próximo á Douvres, en el que tenía recogido el aviador Graham White su nuevo aeroplano». Y, en un texto de 1905 de José Echegaray, se podía leer:

Al globo le sustituye el pájaro mecánico ó la cometa. [...]. Ello es, que Mr. Maxim está construyendo un aeroplano ó cometa colosal, de 400 metros cuadrados de superficie, compuesto de tubos de acero y hojas de metal, ni más ni menos que los chicos hacen sus cometas de cañas y periódicos. ¡Telas, hidrógeno, cuerdas de seda para subir á los aires! Nada de eso. Hierro, acero, cobre, máquinas de vapor como combustible... ¡y á volar!.